

Configuración de creencias sociales y orientaciones emocionales
colectivas en ciudadanos de Sonsón y Cocorná (Antioquia)
sobre el conflicto armado, el proceso de paz y la reconciliación*

Configuration of Societal Beliefs and Collective Emotional Orientations
among the Citizens of Sonsón and Cocorná (Antioquia) with regard
to the Armed Conflict, the Peace Process, and Reconciliation

*Juan David Villa Gómez***

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia
<http://orcid.org/0000-0002-9715-5281>

María Camila Agudelo López

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

Susana Hoyos

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

Valentina Castro

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

*Cristian Evelio Buitrago****

Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

* La investigación que da lugar al presente texto “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia” es desarrollada por la Universidad Pontificia Bolivariana de Medellín (Grupo de Investigación en Psicología: sujeto, sociedad y trabajo —GIP—), la Universidad de San Buenaventura, sede Medellín (Grupo de Estudios Clínicos y Sociales en Psicología), la Universidad San Buenaventura, sede Armenia; y grupos de la Universidad Pontificia Bolivariana de Bucaramanga, la Universidad Surcolombiana, la Fundación Universitaria Claretiana, la Universidad Metropolitana de Barranquilla y la Pontificia Universidad Javeriana Bogotá y Cali. Esta investigación busca comprender cómo se construyen estas barreras psicosociales que limitan la construcción de la paz en Colombia.

** Docente investigador en la Facultad de Psicología-Escuela de Ciencias Sociales, de la Universidad Pontificia Bolivariana y miembro del Grupo de Investigación en Psicología (GIP): Sujeto, Sociedad y Trabajo. Correo electrónico: juan.villag@upb.edu.co

*** Psicólogos en formación de la Universidad Pontificia Bolivariana y miembros del semillero de investigación Interacciones, adscrito al Grupo de Investigación en Psicología (GIP) de la Facultad de Psicología de esta misma

Natali Velásquez Cuartas****
Universidad Pontificia Bolivariana, Medellín, Colombia

Artículo de investigación

Fecha de recepción: 06 de agosto de 2019
Fecha de aceptación: 17 de octubre de 2019

Para citar este artículo

Villa Gómez, J. D., Agudelo, M. C., Hoyos, S., Castro, V., Buitrago, C. E. y Velásquez, N. (2020). Configuración de creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas en ciudadanos de Sonsón y Cocorná (Antioquia) sobre el conflicto armado, el proceso de paz y la reconciliación. *Campos en Ciencias Sociales*, 8(1), 281-323. DOI: <https://doi.org/10.15332/25006681/5274>

RESUMEN

El presente texto pretende comprender creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas que han construido ciudadanos de Sonsón y Cocorná sobre el proceso de negociación política del conflicto armado entre el gobierno de Juan Manuel Santos y las Fuerzas Armadas Revolucionarias de Colombia (Farc). Para ello se realizaron 33 entrevistas semiestructuradas y en profundidad a ciudadanos de los municipios de Cocorná y Sonsón que hubieran participado en el plebiscito del 2016. Estas entrevistas fueron analizadas a través de un enfoque fenomenológico-hermenéutico por medio de un procedimiento categorial por matrices intra- e intertextuales, a partir de dos

universidad. Correos electrónicos: maria.agudelolo@upb.edu.co, cristian.buitrago@upb.edu.co, susana.hoyos@upb.edu.co, valentina.castrol@upb.edu.co

**** Psicóloga de la Universidad Católica Luis Amigó y magíster en Psicología Social de la Universidad Pontificia Bolivariana. Miembro del Grupo de Investigación en Psicología (GIP): Sujeto, Sociedad y Trabajo. Correo electrónico: natalivelasquezcuartas@gmail.com

categorías: “conflicto armado y sus actores” y “paz y proceso de negociación”. Se encontró que quienes están “en desacuerdo” con la negociación configuran marcos sociales que dan soporte a medios militares para dirimir el conflicto, aun en contra de su deseo de paz, y movilizan emociones de rabia, indignación, resentimiento y odio, especialmente contra las Farc. Por otro lado, quienes están “de acuerdo” configuran marcos de comprensión que abren puertas para construir una paz concreta, incompleta e imperfecta; están más abiertos a procesos de reconciliación y convivencia, y movilizan emociones como esperanza, solidaridad y confianza.

Palabras clave: barreras psicosociales, creencias sociales, orientaciones emocionales colectivas, acuerdo de paz, conflicto armado.

ABSTRACT

This text aims at understanding the societal beliefs and collective emotional orientations that the citizens of Sonsón and Cocorná have configured with regard to the political negotiation process of the armed conflict between the government of Juan Manuel Santos and the Revolutionary Armed Forces of Colombia (Farc). To this end, 33 semi-structured and in-depth interviews were conducted in Cocorná and Sonsón. These interviews were directed to non-organized citizens who had participated in the 2016 plebiscite and were analyzed through a phenomenological-hermeneutical approach and a categorical procedure by intra and intertextual matrices, based on two categories: “armed conflict and its actors”, and “peace and negotiation process”. It was found that those who ‘disagree’ with the negotiation configure social frameworks that support military ways to resolve the conflict, even in spite of their desire for peace, and mobilize emotions of anger, indignation, resentment, and hatred, especially against the Farc. Meanwhile, those who “agree” set up frameworks of understanding that open doors to build a concrete, incomplete, and imperfect peace; are more open to reconciliation and coexistence processes; and mobilize emotions such as hope, solidarity and trust, despite their fear regarding armed actors.

Keywords: psychosocial barriers, societal beliefs, collective emotional orientations, Colombian peace accords, armed conflict.

INTRODUCCIÓN

De acuerdo con el informe del Centro Nacional de Memoria Histórica (2013), *¡Basta Ya!, Colombia: Memorias de guerra y dignidad*, el conflicto armado colombiano ha sido uno de los más sangrientos en la historia contemporánea de América Latina. La violencia ocasionada dentro de este conflicto ha sido el “producto de acciones intencionales que se inscriben mayoritariamente en estrategias políticas y militares, y se asientan sobre complejas alianzas y dinámicas sociales” (p. 31).

Lo anterior ha dado lugar al homicidio de 262 117 personas y la desaparición forzada de 82 998 (Centro Nacional de Memoria Histórica, 2017). Asimismo, la cifra de desplazamiento forzado alcanza las 7 476 056 personas; de secuestro, 36 879 personas; de amenazas, 400 350; de tortura, 10 669; los delitos contra la integridad y libertad sexual, 27 251 y de vinculación de niños, niñas y adolescentes a grupos armados al margen de la ley llega a 7593 (Red Nacional de Información, 2019). Por ende, se identifica que un 17 % del total de la población es víctima, es decir, 1 de cada 6 personas ha sufrido un hecho victimizante en el marco de la guerra (Restrepo, 2016). Estos datos son una forma de representar el conflicto, pero los protagonistas de las historias de terror que han desangrado al país no pueden ser reducidos a una cifra.

Según Galtung (1998; 2003), no es suficiente la firma de un acuerdo de paz en una sociedad que ha atravesado un conflicto armado durante tantos años: es necesario comprender y transformar la violencia cultural y estructural que subyacen a la violencia directa y dificultan su finalización. Al respecto, Daniel Bar-Tal y Eran Halperin (2014) afirmaron que las poblaciones que han estado inmersas en conflictos de larga duración son expuestas a efectos que se encarnan en la cotidianidad, y generan mecanismos de adaptación que naturalizan el uso de la violencia y de la vía armada como camino legítimo para su resolución, de modo que transforman estos conflictos en intratables (Bar-Tal, 1998; 2007; 2010; 2013). Los miembros de estas sociedades suelen construir mecanismos cognitivos, conductuales y afectivos; es decir, un *ethos* que da lugar a una infraestructura psicosocial del conflicto que implica obstáculos a la transición, pues se tejen imaginarios colectivos inmóviles en los que la eliminación del adversario termina siendo un objetivo vital.

Este proceso, según Martín-Baró (1989), se produce en la configuración de diversas estrategias de “guerra psicológica”, como la mentira institucionalizada, la propaganda y desinformación, y la exacerbación de posiciones polarizadas como las manifestadas en Colombia frente al proceso de negociación y el plebiscito para refrendar los acuerdos (Basset, 2018). En los municipios estudiados, un 64,60 % de los habitantes votó por el “no” mientras que un tercio de su población (35,39 %) votó por el “sí” (Registraduría Nacional del estado civil, 2016). Estas cifras son interesantes, teniendo en cuenta la histórica presencia de múltiples actores armados (fuerza pública, paramilitares y Farc) en dichos territorios, y que el 95 % de la población es víctima.

Sobre estos resultados surge la motivación de indagar sobre lo sucedido, incluyendo lo que para esa época ya se reportaba: testimonios acerca de la manipulación ejercida sobre la ciudadanía por parte de grupos políticos en oposición al proceso. A través de estrategias mediáticas y mentiras, movilizaron el miedo y la indignación, con la pretensión de quitar legitimidad a los acuerdos realizados en La Habana, lo que ocasionó en el país una división política difícil de transformar (Basset, 2018). Este escenario de polarización respecto a la construcción de paz y reconciliación hace emerger la pregunta: ¿cuáles son las creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas configuradas como barreras psicosociales frente al acuerdo de paz entre el Gobierno colombiano y las Farc en ambos municipios?

Desde una mirada teórica, el elemento fundamental de los conflictos de larga duración y difícil resolución es el que Blanco y De la Corte (2003) denominan: *construcción de la imagen del enemigo*. Esta es entendida como la personificación de todas las funciones negativas en una persona o grupo, identificado como externo al propio (Tajfel, 1982; 1984), lo que permite justificar acciones violentas para destruirlo. Esta imagen del otro se construye a partir de una aparente pero asumida superioridad moral en los usos del lenguaje de un grupo, que son empleados para eludir cualquier posibilidad de humanizar al otro (González, 2015), y adquiere características hostiles porque hay un juego dicotómico entre victimario y víctima, en el que esta tendría el derecho a defenderse al justificar que no existe otra alternativa y legitimaría así su propia violencia (Fernández, 2006). Se establece así una relación entre violencia y discurso, dado que las interacciones en estos contextos se median a través de justificaciones

que suelen ser ideológicas y que niegan otras versiones, lo que constituye una versión hegemónica que oculta intereses de poderes políticos y económicos de ciertos grupos sociales (Blanco y De la Corte, 2003; Martín-Baró, 2003).

Así pues, según Bar-Tal y Halperin (2014), las sociedades que han experimentado por mucho tiempo este tipo de confrontaciones desarrollan un repertorio sociopsicológico que bloquea posibles salidas negociadas a los conflictos armados, debido a la fijación de creencias ideológicas, de manera que se crean estructuras rígidas a nivel motivacional y emocional. Muchos ciudadanos se limitan, preferencialmente, a aquellas opiniones que apoyan la continuidad del conflicto, bajo un procesamiento unilateral de la información (Bar-Tal, 2017; Bar-Tal, Halperin y Oren, 2010; Halperin y Bar-Tal, 2011; Rouhana y Bar-Tal, 1998), construyendo “estereotipos extremadamente negativos con implicaciones afectivas y conductuales claramente definidas” (Barreto, Borja, Serrano y López, 2009, p. 121), dirigidas al adversario.

En primer lugar, se construyen narrativas del pasado y memorias colectivas que configuran representaciones de hechos históricos e influyen la toma de posición sobre diversos problemas (Bobowik *et al.*, 2014; Rimé, Bouchat, Klein y Licata, 2015), sostenidas en el tiempo, alimentadas por imaginarios que se transmiten intergeneracionalmente, y que terminan consolidando una visión del presente y del futuro para configurar creencias sociales (Bar-Tal, 1998; 2010; 2013; 2017). Estas últimas “representan la concepción de figuras, formas e imágenes de aquello que los sujetos llamamos “realidad”, sentido común o racionalidad en una sociedad similares a un imaginario social” (Erreguerena, 2002, p. 40). Para Martín-Baró (1998) son los presupuestos y los “porsupuestos” que mantienen un orden social y son incorporados en la subjetividad individual y colectiva. En consecuencia, estas creencias sociales se anclan acriticamente a mitos y relatos (Erreguerena, 2002), y configuran un *ethos* del conflicto que se convierte en soporte de poderes e intereses que se benefician de su permanencia.

De acuerdo con Bar-Tal (1998; 2010; 2013) y Oren y Bar-Tal (2006), este *ethos* se despliega en varias creencias. En primer lugar, sobre la justicia de los propios *objetivos*, que sirve como estrategia para encarar lo incompatibles que pueden llegar a ser los

ideales, y concibe los objetivos propios como válidos, supremos e indispensables; a la vez que los del exogrupo se representan como injustos. Por esto, se deslegitima el adversario, se deshumaniza, se inscribe en la categoría de enemigo absoluto (Angarita Cañas, *et al.*, 2015; Villa Gómez, 2019) y se le atribuye la responsabilidad de la violencia.

Dicha creencia está auxiliada por la imagen positiva de sí mismo: estos grupos sociales tienden a construir imaginarios de valores y rasgos positivos que les otorgarían el “derecho moral” de agredir al otro, por creer que se tienen los méritos para hacerlo (Bar-Tal, 1998; 2010; 2017; Oren y Bar-Tal, 2006; Bar-Tal y Halperin, 2014). Esta creencia se refuerza con aquella en la que los integrantes de dicho grupo se consideran víctimas de sus adversarios a través del tiempo, lo que legitima la necesidad de combatirlos y eliminarlos (Bar-Tal, 1998; 2010; 2017; Bar-Tal, Halperin y Oren, 2010; Oren y Bar-Tal, 2006).

Todo lo anterior se soporta en *la creencia sobre la seguridad*, fundamentada en la necesidad de supervivencia nacional y protección personal, lo cual connota creencias de patriotismo y unidad que incluyen sentimientos de adhesión de los miembros del grupo hacia el país o colectivo al que pertenecen. Ambas fortalecen la cohesión grupal e invitan a la renuncia de deseos propios por los del grupo o nación (Bar-Tal 1998; 2010; 2013; Bar-Tal, Halperin y Oren, 2010; Oren y Bar-Tal, 2006). Finalmente, *existe una creencia social sobre el propio deseo de paz*, que caracteriza a los miembros del grupo como fieles en su búsqueda. Sin embargo, la propuesta de paz deseada se altera porque el enemigo no lo permite, o porque los principios utópicos e idealistas en que se inspira buscan dotar de “esperanza y optimismo” al endogrupo y terminan siendo contrarios a la necesidad de negociar, convivir y reconciliarse con el enemigo (Bar-Tal, 1998; 2010; 2013; Oren y Bar-Tal, 2006).

Asimismo, cada grupo se ha estructurado socio-psicológicamente de forma tal que sus memorias, creencias e ideologías se desarrollan en relación con orientaciones emocionales colectivas, que terminan siendo el prisma con el que interpretan el mundo y dirigen sus acciones (Bar-Tal, 2001; Halperin y Pliskin, 2015). Las emociones basadas en el grupo se originan en la pertenencia a un colectivo que

comparte memorias y creencias de un hecho particular. Por tanto, las relaciones interpersonales juegan un papel primordial en la producción y la modulación emocional.

Cuando un individuo pertenece a un grupo social comienza a experimentar procesos de identificación, los integrantes del grupo se perciben ahora como un “nosotros” y no como individuos aislados (Smith y Mackie, 2015). Se podría decir que hay una confluencia en la energía emocional de todos los miembros. Ahora bien, en la dinámica interna hay una sensación de amenaza hacia otro, un exogrupo, hacia el cual orientan sus emociones negativas (ira, miedo, disgusto) que pueden estar enlazadas a eventos específicos o a experiencias repetitivas de carácter violento o traumático.

Así pues, las emociones que hacen parte de las respuestas afectivas de una persona a un estímulo contextual (Halperin, 2008), movilizadas en el grupo por un trasfondo ideológico y son puestas en circulación por los medios de comunicación, permitiendo identificar cuáles son los eventos que revisten importancia. Cuando una colectividad siente una cierta emoción, el individuo se ve motivado a sentir de la misma manera, puesto que *ese* grupo mayoritario la experimenta al mismo tiempo, lo que genera un clima emocional que se expande hacia la sociedad (Goldenberg, Saguy y Halperin, 2014). Sabiendo lo anterior, se debe tener en cuenta que las emociones grupales son importantes para evaluar moralmente las acciones interpuestas hacia un grupo externo (Bar-Tal, 2001).

Se podría afirmar que las emociones negativas son movilizadas con el fin de motivar relaciones conflictivas en un contexto determinado: odio, ira y miedo son parte importante del repertorio psicológico. Entre estas, el odio actúa como una barrera que permite la perpetuación del conflicto, pues divide los acontecimientos y los fragmenta, al igual que impide la comprensión de los sucesos y motiva a las acciones violentas y maliciosas. Según Halperin (2008), el odio es un sentimiento de hostilidad dirigido hacia un grupo o persona que encarna sentimientos repugnantes acompañados de creencias negativas las cuales, de por sí, ya representan a quien es concebido como enemigo. De otro lado, el miedo se articula con la acción de los

medios de comunicación que constantemente brindan información negativa y van construyendo una sensación de que se está en peligro (Bar-Tal, 2001) e impiden una visión crítica que permita humanizar al adversario.

Para resumir, en el marco de un conflicto armado pueden exacerbarse emociones basadas en el grupo que orientan la acción y obstaculizan su solución. Ira, miedo y odio están generalmente asociadas con una respuesta justificada, pues se consideran una defensa frente a algún hecho caracterizado como infame y cruel. Sin embargo, no siempre se trata de respuestas inmediatas, muchas veces son puestas en circulación con intenciones bien definidas y en busca de un beneficio. Lo mencionado encara actos de lucha que alientan la legitimación de la violencia como medio válido y eficaz para la solución del conflicto.

METODOLOGÍA

La investigación se ha abordado desde el método cualitativo con enfoque fenomenológico-hermenéutico (Sandoval, 1996), que implica un análisis de los hechos recogidos como vivencias y experiencias a través de las narraciones que los participantes realizaron por medio de entrevistas en profundidad. Esta forma de investigación pone de relieve que el mundo social está constituido por significados y símbolos a los cuales se puede acceder por la vía de la intersubjetividad, en donde la realidad social es vista como armazón de significados compartidos (Wainwright, 1997).

Se entrevistaron a 33 ciudadanos y ciudadanas de los municipios de Sonsón (17) y Cocorná (16), puesto que estos municipios del Oriente antioqueño sufrieron graves consecuencias en el marco del conflicto armado, realizaron procesos de reconciliación y memoria desde la sociedad civil, y en estos mismos el “no” ganó en el plebiscito. Estos participantes no son miembros de partidos políticos, movimientos sociales, ONG ni de colectivos de acción política. El criterio de selección, entonces, se concentró en su posición ante los acuerdos de paz de La Habana, expresada en significados y prácticas políticas, y en la participación en el plebiscito. El muestreo

fue tipológico, intencional y por bola de nieve, siguiendo la competencia narrativa atribuida al sujeto (Vallés, 1997), con un grupo social definido de antemano, y el número de participantes quedó definido por saturación de la muestra.

Los relatos fueron segmentados y codificados según categorías analíticas orientadoras, en un análisis de contenido hermenéutico categorial por matrices, que procede con un proceso intratextual, intertextual y de codificación teórica de primero y segundo orden (Flick, 2004). Se partió de un primer nivel deductivo en el análisis intratextual y de coherencia para avanzar en la interpretación a partir de categorías que guiaron la investigación: conflicto, actores armados y proceso de paz. Posteriormente, se trabajó un segundo nivel interpretativo en la matriz intertextual para comparar lo expresado por los sujetos, se construyó un nuevo orden textual organizado según la posición de los participantes en relación con el acuerdo de paz: “de acuerdo”, “ambivalentes” y “en desacuerdo”; de tal manera que se pudiera proceder de forma sintética e inductiva.

RESULTADOS

Conflicto y actores armados

Farc

Un primer paso en el análisis implica reconocer creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas en relación con los actores armados, puesto que allí radica una parte de las construcciones colectivas que facilitan o bloquean dinámicas psicosociales que tiendan a la paz y la reconciliación. En el marco de la investigación “Barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia”, los participantes de estos municipios evidencian algunas diferencias en la concepción de dichos actores, en comparación con los ciudadanos de Medellín y Bogotá. Las creencias y orientaciones emocionales de los primeros están mediadas por su experiencia directa del conflicto armado, y no por los medios de comunicación o la propaganda política oficial desarrollada durante aquel, donde se ha ubicado un

enemigo único en las Farc, un mal menor en los paramilitares y una visión heroica de las Fuerzas Militares (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera Machado y Estrada, 2019; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber y Roa, 2019).

Por el contrario, para todos los participantes, los tres actores cometieron atrocidades contra la población, por lo que sus creencias y emociones se fundan en su relación concreta con estos grupos, de tal manera que consideran que todos, de alguna manera, atentaron contra la población civil. Los matices en estas creencias se dan o bien por los recuerdos que recuperan en torno a estos grupos, o bien, *a posteriori*, marcados por sus posiciones en relación con la necesidad de paz en la región.

Así pues, aquellos que estuvieron “de acuerdo” y “ambivalentes” aseguraron que ninguno de los tres actores armados tenía alguna razón que legitimara sus acciones violentas, pues nada justifica el uso de la violencia en contra de la población civil. Además, señalan que esta guerra no tuvo ningún sentido, porque muchas personas que estaban inmersas de manera directa en los grupos armados no tenían claridad sobre su ideología y los motivos para combatir. Para los participantes “en desacuerdo”, las Farc personifican la maldad; por ello, acuden a calificativos que enmarcan una profunda deslegitimación y satanización de sus miembros, tales como: asesinos, animales, brutos, delincuentes y terroristas. No creen en sus propuestas ni en su ideología y llegan a hacer afirmaciones como “Peores que animales, la guerrilla es peor, porque ellos hacen cosas que nunca deberían hacer” (E14, Cocorná).

Estos participantes consideran que las Farc son quienes han hecho más daño al país, debido a que no solo han atacado a la población, sino que han destruido la infraestructura y espacios que tienen un valor colectivo (torres de energía, con lo que dejaron sin luz al pueblo durante semanas, y afectaron la vida cotidiana y el comercio; casas de la cultura; parques centrales; la Alcaldía; puentes; caminos, y ataques al pueblo en las tomas guerrilleras). Los participantes consideran que con esto irrumpen en la vida cotidiana, la tranquilidad y la identidad social de todos, lo que hace que emerjan en ellos sentimientos de rabia e indignación. También los representan como seres malos por naturaleza cuyas acciones son arbitrarias, que han

sido educados para asesinar, razón por la cual solo quieren la guerra. En este sentido, se niega su humanidad y se promueve un “permiso” psicológico para combatirlos:

Más daño ha hecho la guerrilla porque, vea, es que llegar uno y acabar con un pueblo, entonces uno cuenta es los muertos, uno no cuenta con tranquilidad, le dañaron la vida a la gente, acabaron fue con todo el pueblo [...] no nos dejaron donde vivir, nos hicieron desplazar de las fincas. (E9, Sonsón)

Impotencia, rabia. Ellos quedaron en lo personal, en odio, por todo lo que vivimos acá en nuestro municipio, fuimos muy golpeados por la guerrilla, tuvimos cuatro tomas guerrilleras muy fuertes, donde destruyeron la casa de la cultura, la administración, todo. Entonces como esa rabia, mejor dicho, si están por un pueblo ¿por qué lo están destruyendo?, ¿por qué están cayendo inocentes?, eso es lo que me da, la palabra es impotencia y rabia. (E4, Cocorná)

Esto representa un contraste con las personas que están “de acuerdo” y “ambivalentes”, en las que las emociones anteriores no fueron evidentes. No obstante, sí manifestaron sentir temor y miedo como respuesta a situaciones cotidianas, pues además de haber presenciado múltiples hechos victimizantes, sentían que en cualquier momento podían atentar contra su integridad, con lo que se crearía un clima emocional de peligro e inseguridad:

Pues yo tampoco lo podría explicar, pero yo no siento rabia contra esas personas. Siento el dolor, lo normal. Pero no ese sentimiento de rencor, cuando alguien habla así de: ¡uy yo deseo esto!, y habla con tanta rabia, de pronto con justa causa si uno lo mira, yo como que me pregunto: ¿cómo hacen para sentir eso? O sea, no me explico: eso [...] cuando se detonó, el recuerdo que tengo es temor, porque cuando los vi, estábamos en esa época de conflicto [...] entonces recuerdo un uniformado y uno desde el miedo y el terror, ahí paralizado. (E16, Cocorná)

En los relatos de estos participantes se evidencia un mayor nivel de reflexión y apertura para la comprensión del surgimiento y el accionar de las Farc. Además, se cuestionan

sobre el odio que se ha desplegado frente a este “enemigo” que, según ellos, ha sido introyectado por la población debido a diversos factores. Por eso, logran distanciarse del imaginario que han construido los habitantes “en desacuerdo” con respecto a que las Farc sean quienes más daño hicieron:

Antes a uno siempre le decían que la guerrilla era mala, los paracos también lo eran; pero tampoco le daban a uno causa ni razones porque los papás tampoco las sabían [...] Es que a los ojos de la gente, pensaría uno... la percepción del común es que la guerrilla nos había hecho más daño; pero una vez leí algo, que decía que precisamente el mayor número de violaciones, de derechos humanos, de muertes, de homicidios, de torturas se dieron por paramilitares. (E15, Cocorná)

A pesar de esto, algunos participantes que están tanto “de acuerdo” como “en desacuerdo” despliegan narrativas en las que hay un reconocimiento sobre un inicio noble de la guerrilla como instrumento de resistencia y justicia social, para reivindicar derechos que eran vulnerados por las élites en el país. Pero también hay una constante entre las narrativas del pasado y las creencias actuales acerca de cómo se desvirtuó esta lucha por los vínculos con el narcotráfico, razón por la cual emplean el calificativo de *grupo terrorista* que, pese a que se hacían llamar el ejército del pueblo, solo terminaban dañando a la población civil: “Uno escucha que la gente decía que era proteger el campesino, que no hubiera tanta inequidad, que hubiera una equidad para todo el mundo, que defendían al campesino, más que todo la guerrilla” (E3, Sonsón).

Quienes tuvieron posturas “ambivalentes” y “en desacuerdo” expresaron una perspectiva diferencial entre excombatientes rasos y los cabecillas. Piensan que los primeros no tuvieron otra opción diferente a la guerra, mientras que para los segundos ha sido una opción pasada por la razón, calculando su beneficio en términos económicos y de poder. Esto matiza la lectura respecto a la maldad de ese enemigo y permite una mirada más amplia que favorecería escenarios de reconciliación: [...] el joven que siempre se quedó, como el rasito, el de abajo, el que fue obligado, el que

no tenía ni en su vida ni en sus pensamientos empuñar un arma, ir a matar a alguien, ¿cierto? (E12, Cocorná).

No todos los que están en la guerrilla son malos, o son ladrones o matones, ¿por qué? Porque ellos se han llevado niños de buena familia, bien levantados, niñas y las tienen allá humilladas, haciendo lo que ellos les mandan a hacer. (E14, Cocorná)

De otro lado, quienes están “de acuerdo” han construido una imagen de las Farc que les permite reconocerlos como un actor armado que ha cometido actos dañinos para la sociedad, pero sin anular su humanidad. Lo anterior favorece que puedan legitimar parte de su discurso y objetivos, aunque rechacen sus métodos. Por esta razón consideran que los miembros de dicho grupo pueden cambiar y ser encauzados por el camino del “bien”, siempre y cuando se les den oportunidades.

Paramilitares

Las creencias respecto de los paramilitares hacen contraste con las referidas a las Farc. Se resalta que algunos de los participantes “en desacuerdo”, especialmente del municipio de Cocorná, consideran que, pese al daño realizado, se pueden legitimar sus acciones con la justificación de que fue peor convivir con la guerrilla. Es decir, se reconocen sus actos de violencia, pero estos son minimizados en función de haber combatido a las Farc, que, en las creencias de estos participantes, atentaban indiscriminadamente contra todos y sus bienes. Por esto, aunque los paramilitares asesinaran “mucho”, era “preferible”, ya que su acción era selectiva:

Los paramilitares a lo que vinieron aquí fue a asesinar, que a uno le duele mucho, mientras que la guerrilla no nos dejaba respirar; la guerrilla aquí era toma tras toma, robo tras robo, entonces aquí a las 5:30, 6 p. m. teníamos que estar ya durmiendo, no podíamos estar en la calle, y no era por los paramilitares, era por la guerrilla. (E4, Cocorná)

De allí que muchos de estos participantes, especialmente en Cocorná, expresaron una orientación emocional colectiva de seguridad asociada a una aceptación de la causa paramilitar, puesto que, con su presencia en el territorio, evitaron que las guerrillas continuaran cometiendo excesos contra la población civil y permitieron que la comunidad pudiera volver a trabajar. No obstante, resulta cuestionante tal legitimación, en el sentido de llegar a minimizar la muerte de tantas personas con respecto al daño causado por la guerrilla:

A mí personalmente me gustó que haya entrado esa gente, me gustó y no me gustó. Me gustó en el sentido de que, bueno, ellos llegaron y acabaron con la guerrilla y todo, y no me gustó que se hiciera injusticia con gente que legalmente no debía nada. Ellos llegaron y, de un momento a otro, se descontrolaron y mataban era como por deporte, como por deporte o por órdenes que alguien les daba. Pero sí fue algo fuerte, algo maluquito. (E1, Cocorná)

En medio de estos sentimientos ambivalentes, se fue encarnando la idea de “eliminar” lo disfuncional de la sociedad, la cual se evidenció en argumentos de los participantes “en desacuerdo” de Cocorná, que expresan que los paramilitares sirvieron al territorio para erradicar la guerrilla y la delincuencia. De hecho, muchos de ellos consideran que dicho grupo, a diferencia de la guerrilla, no iba en contra de la población civil “buena”, sino que atacaba aquellos que estuvieran dañando las dinámicas del territorio. Esta mirada, centrada en las ideas de “limpieza” y legitimación de unos objetivos, también respaldó la postura de ciertos políticos que apoyaron la idea paramilitar, al punto de agradecer a quienes consideran responsables de ese proyecto:

Entonces es lo que el doctor Uribe ha hecho, sacar del país lo que no sirve, eso es lo que él ha hecho, sacar lo que no sirve [...] Los paramilitares sí vienen a acabar con los malos. [...] a veces mataban gente injustamente, que en realidad no era, pero a veces sí mataban al que sí estaba haciendo mal. (E14 Cocorná)

Sin embargo, en los participantes de Sonsón no es tan clara la legitimación del paramilitarismo. Allí, tanto personas “de acuerdo” como “en desacuerdo” afirmaron

que el objetivo inicial de este grupo estuvo marcado por el narcotráfico, que también victimizaron al pueblo y que la protección y la seguridad de los habitantes del municipio eran un pretexto para ocultar sus verdaderos objetivos: defender intereses de índole económica principalmente:

Las autodefensas empezaron, supuestamente, también para combatir a la guerrilla, pero hicieron también narcotráfico. ¿Por qué estaban peleando? Por el narcotráfico. Pues para mi uno de los mayores problemas del conflicto armado es el narcotráfico... Pues uno obtener el poder así, el narcotráfico no es solo la producción de coca, sino que implica conflicto, implica muertos, implica territorios, implica muchas cosas. (E15, Sonsón)

De todas formas, quienes estaban “de acuerdo” en ambos municipios, lograron reconocerlos como actores iguales o peores a las Farc, debido a que atacaban a la población civil. Aceptaron que sus acciones fueron, en muchos momentos, sangrientas e inhumanas, y que no actuaban de forma selectiva, como afirman otros participantes, sino contra toda la población:

Yo las historias más sanguinarias que he escuchado ha[n] sido por parte de los paramilitares, pero eso no quiere decir que tampoco he escuchado historias del otro lado [...] ¿Quién ha hecho más daño?, si lo miro desde lo más visible, pues los paramilitares hicieron mucho daño, secuestraron, mataron, acribillaron, hicieron de todo. (E16 Cocorná)

El fin de ellos, que era cuidar, que no los fueran a secuestrar la guerrilla, pero es que llegaron al extremo completamente en violencia contra la ciudadanía, contra el campesino, contra la parte urbana, contra todo el mundo. (E3, Sonsón)

De la misma forma, expresaron una visión crítica del paramilitarismo, y manifestaron que había sido legitimado por múltiples sectores sociales, pese a la cantidad de inocentes que murieron en sus manos. Esta creencia se asocia con un sentimiento de tristeza al reconocer que la aparente calma que lograron los municipios tuvo un

alto costo: la vida de muchos civiles. La mayoría de los participantes que están “de acuerdo” no les reconocen legitimidad, los nombran mercenarios, cómplices del saqueo de tierras a favor de élites de poder y como herramienta que ha posibilitado intereses políticos que por vías legales no hubiesen podido ser:

Me parecen más violentos los paramilitares, porque llegaron con todo, como que traían una violencia muy grande heredada del narcotráfico y no sé de qué más cosas; entonces, no solo desplazaban, sino que asesinaban y de una manera muy atroz, mutilaciones y todas esas cosas; para mí son más sanguinarios y peligrosos. (E10, Sonsón)

Solo que los paramilitares hacían las acciones que legalmente no podían hacer esos entes estatales, y lo que hacían era llevar los muertos y los entregaban como falsos positivos o legalizarlos, entonces por eso, yo creo que ellos no tienen ideales, ellos son mercenarios de la guerra [...] más que ideal, son mercenarios que solo hacen trabajo por dinero, entonces simplemente a ellos les pagan por obtener tierras. (E8, Cocorná)

El sentimiento que emerge en ellos es la rabia ante la injusticia de sus acciones y ante la legitimidad que algunos sectores de la sociedad le dieron a la asociación entre la fuerza pública y paramilitares, lo que trajo como una de las consecuencias, en sus palabras, los falsos positivos. Paradójicamente, todos los participantes expresaron un clima emocional de miedo y zozobra en el territorio frente a este actor armado. Uno de los entrevistados “en desacuerdo” afirma que cuando le nombran la palabra paramilitar siente “Miedo, mucho miedo, porque ellos hicieron todo lo que te cuento, ellos no miraban si era una persona buena, no” (E7, Cocorná). No obstante, se evidenció la lógica justificadora en otros que mencionaron que “si no se les debía nada, no había nada que temer” (E9, Cocorná), puesto que la dinámica de “las listas” tenía esa capacidad de hacer sentir “seguros” a unos y al mismo tiempo totalmente “vulnerables a otros”. Esto también generó, en quienes están “de acuerdo”, la sensación de no saber en quién confiar en el pueblo, lo que configuró rupturas en las relaciones sociales.

Fuerzas Militares

De otro lado, podría decirse que, para todos los participantes de esta investigación, sin importar su postura frente al proceso de paz, las Fuerzas Militares y el Gobierno tienen un rol activo dentro del conflicto armado. Les atribuyen un papel, en el inicio, de su mantenimiento y degradación. En cuanto a los participantes que están “en desacuerdo”, coinciden en afirmar que la función específica de proteger y garantizar la seguridad del territorio se desvirtuó, pues sus acciones se fueron volcando cada vez más hacia el exterminio de los grupos al margen de la ley, en contravía, incluso, del bienestar de la población civil, en prácticas como las ejecuciones extrajudiciales. En este punto, equiparan las acciones de este grupo a las de Farc o paramilitares, debido a que todos terminaron dañando a la población civil y ninguno, sin importar su rol, tenían legitimidad para su accionar violento y deshumanizado:

Lo peor que pudo haber hecho el Ejército Nacional de Colombia es lo de los falsos positivos, porque sacaron gente buena, campesinos buenos, camuflados de guerrilleros para poder presentarle hechos a la presidencia y a los comandantes del Ejército, o sea, para mí el ejército también fue igual de dañino a los otros grupos armados. (E3, Sonsón)

Así, la mayoría manifestó sentir una fuerte indignación frente a las Fuerzas Militares. En simultáneo, aparece la sensación de rabia por las acciones que, según estos participantes, los hicieron cómplices del accionar de los paramilitares y de otras formas de ejercer control, poder y orden de forma violenta, en contravía de los derechos humanos de los habitantes de ambos municipios.

Lo vistieron, lo uniformaron, le pusieron un camuflado, unas botas y una escopeta que ni siquiera un guerrillero tiene, porque se supone que una persona lo primero que tiene en la guerrilla es un Ak 47, que es la que deben de usar, un fusil; mientras que a este señor le pusieron una escopeta de cacería. Entonces yo con esa gente no la voy, porque digo que para mí ellos son más asesinos que cualquiera de los otros. (E1, Cocorná)

Según la mayoría de los participantes, paramilitares y Ejército se ayudaban e informaban; asociación que rechazan y que los lleva a cuestionar la legitimidad de las acciones de las Fuerzas Militares. Lo anterior acentuó en los participantes su desconfianza y reforzó la imagen negativa sobre esta institución, lo que ha facilitado que para muchas personas en este territorio, la fuerza pública sea vista más como enemiga que como aliada:

Cuando hablamos de paramilitares es porque se conformaron esos grupos para ir adelante o atrás del ejército, trabajando para los militares, el grupo paramilitar se va adelante y le informa al ejército, o se van atrás y le informan al ejército, por eso se llaman paramilitares, porque trabajan para ellos, (E3, Sonsón)

Y me parece el colmo que la fuerza pública en la actualidad todavía reprime, me parece el colmo que, con los impuestos de nosotros, le paguemos a una fuerza pública, a unos entes que no están brindando seguridad, sino que están reprimiendo al pueblo, que son autoritarios, que son arbitrarios que son violadores de los derechos humanos, que torturan, que hacen millones de cosas. (E15, Cocorná)

A pesar de todo, los participantes que están “de acuerdo” consideran que los últimos años (2010-2018) han sido cruciales para fortalecer la institucionalidad y comenzar a transformar la visión que se tenía del Estado y todas sus instituciones, así como para devolverle la confianza a los ciudadanos. Creen que esto es un paso importante para la construcción de paz en el país.

De otro lado, otros participantes, principalmente “en desacuerdo”, argumentan que los militares que hicieron parte de hechos victimizantes no representan toda la institución. Algunos lo explican con la analogía de “manzanas podridas” dentro de la institución, que han dañado la imagen y el buen nombre del resto. Uno de estos participantes consideró que las acciones de la fuerza pública, como las alianzas con los paramilitares, el hostigamiento a la población y las ejecuciones extrajudiciales,

fueron legítimas dada la necesidad de “normalizar” la situación de los territorios, justificación basada en el argumento de la legítima defensa:

Claro, es que en el ejército hay alianzas hacia los paramilitares contra las Farc y todos los grupos alzados en armas, hacia las bandas criminales que hay en las ciudades, ahí tiene que haber porque ellos tienen que ir a buscar la alianza allá para yo poder hacer las cosas bien. (E12, Cocorná)

Proceso de negociación política del conflicto entre Gobierno colombiano y Farc

Hablar de paz plantea una seria dicotomía entre los miembros de la sociedad colombiana, especialmente después del proceso de negociación política entre el Estado colombiano y las Farc, y el consiguiente plebiscito de 2016, puesto que se han construido creencias muy disímiles entre sí (Basset, 2018), de donde emergen formas locales de concebir la paz. Tal y como se ha dicho, y a diferencia de lo que podría suceder con los ciudadanos de Medellín y Bogotá, con quienes también se ha adelantado la presente investigación (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez y Arroyave Pizarro, 2018; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber y Roa, 2019; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera Machado y Estrada, 2019) estas creencias no están fundamentadas en la información que proporcionan los medios de comunicación, ni están mediadas por la retórica política, sino que son el resultado de su experiencia directa del conflicto armado.

En este caso, las posturas “de acuerdo”, “ambivalentes” y “en desacuerdo” evidencian diferencias significativas en la forma que conciben la paz y en lo que consideran necesario para avanzar en su construcción. Se presentan posturas con más énfasis en las dinámicas intrapersonales e interpersonales, en contraposición con otras que se acercan más a lo que nombró Galtung (1998) como paz positiva. En este orden de ideas, en quienes estuvieron “de acuerdo”, el deseo de paz se manifiesta como la posibilidad de vivir tranquilamente: poder salir a la calle y apropiarse del espacio público y las dinámicas territoriales sin sentir miedo ni inseguridad. Por otro lado, han un interés fundamental en la transformación de las causas estructurales que han

ocasionado y mantenido el conflicto armado colombiano y las dinámicas violentas que han adoptado las comunidades como propias. Mencionan su derecho a exigir la satisfacción de las necesidades básicas, de vivir en una sociedad donde los derechos humanos no estén vulnerados, lo cual incluye que niños y niñas puedan ir a la escuela sin miedo, tener un sistema de salud digno y, por último, consideran que la paz es algo que se construye “desde abajo”, es decir, desde las transformaciones comunitarias, la relaciones con los vecinos y los excombatientes; todos y todas trabajando por un objetivo común:

Para mí la paz es una construcción que se hace día a día, una construcción comunitaria que aviva nuevos procesos, que alienta todo el potencial que tiene el ser humano y lo vierte hacia la educación, lo encausa hacia procesos comunitarios que favorezcan el crecimiento económico y social. Para mí la paz es el presupuesto indispensable para construir una sociedad buena, una sociedad que encuentre, digamos, en el hombre el valor esencial para el crecimiento; es una construcción colectiva para el afianzamiento de nuestros valores. (E16, Sonsón)

Por tanto, se comprende que la implementación del acuerdo de paz no significa la terminación del conflicto social y político en el país. Porque, si bien implica ponerle fin de manera definitiva a su versión armada, por lo menos entre dos actores, desde su perspectiva, la terminación de la violencia significa también, el fin del sufrimiento y de las causas estructurales de la prolongada tensión, no solo con las Farc, sino con otros grupos armados. Evidencian que después del acuerdo se ha presentado una clara disminución de la violencia y de la tasa de muertes violentas en el territorio y en el país; sin embargo, aún persiste la idea de que en la actualidad no se puede hablar de una paz total: “Hoy por hoy, se habla de un proceso de paz, pero no quiero decir que es la terminación de la guerra [...] la problemática sigue, para mí, en nuestro país” (E10, Cocorná).

Entonces, como tal paz no va a haber. De pronto llegue una tranquilidad parcial en algunas zonas del país donde hubo mucha guerra, pero quién sabe

[...] quizás esas tierras que desocuparon las ocupen otros grupos, que es lo que posiblemente está pasando. (E11, Sonsón)

Particularmente en el municipio de Cocorná, quienes están “de acuerdo” y “ambivalentes”, afirman que no se puede alcanzar la paz sin que las comunidades tengan una reparación integral que incluya procesos de atención psicosocial donde se favorezca la sanación. Esto no se soluciona con el “desfile” de chalecos que van con la bandera de la atención psicológica que, en muchas ocasiones, terminan por hacer acción con daño. Es fundamental reconocer el sentir de todos los afectados, pues son las secuelas emocionales del conflicto lo que principalmente ha impedido construir la paz: “Es un proceso donde tenemos que entrar todos a trabajar, ¿cómo? apoyo psicosocial, desde la memoria histórica y la reparación, es importantísimo” (E3, Cocorná). Esto se afirma desde experiencias previas que tuvo el municipio en la primera década del 2000, y se contrasta con otras experiencias de tipo institucional y estatal en el marco de La ley 1448 de 2011 (Ley de Víctimas): “Eso pasa porque en Colombia no se hizo bien el proceso de reparación colectiva, emocional, psicosocial. Yo creo que la gente votó con odio hacia el pasado y no con esperanza hacia el futuro” (E8, Cocorná).

En esto coinciden algunos participantes que están “de acuerdo” en el municipio de Sonsón. Añaden, además, la importancia de una reparación eficaz que vaya más allá de lo económico. La base sería la restauración de los daños producidos por estar tanto tiempo inmersos y sometidos a una cultura de violencia, lo que se logra con la reconstrucción de los proyectos de vida, la elaboración de los duelos por la muerte de sus seres queridos, es decir, con un apoyo psicosocial:

La reparación que se haga, de alguna manera, que aporte y sane a las personas, sane a las víctimas, porque es que muchas personas quieren ahorita, sencillamente, saber dónde están sus seres queridos, con eso les basta. Entonces yo creo que [hay que] apelar a esos tres valores fundamentales de la verdad, la justicia y la reparación. Yo creo que, con que se haga una reparación mínimamente coherente, una reparación que de alguna manera sea como una

catarsis para las víctimas, desde ese punto de vista se puede construir mejor la paz. (E16, Sonsón)

Otro aspecto importante es que estos participantes manifestaron que una parte de la sociedad no confiaba en el proceso de negociación por la incidencia polarizadora de los medios de comunicación, por medio de estrategias afines a los intereses de los discursos hegemónicos de políticos con más poder. Esta polarización difundida entre dos tendencias políticas bien marcadas en el país, a la manera de un actor “invisible” que también tiene responsabilidad, genera engaño y confusión, por medio de la utilización de la mentira como herramienta que obstaculiza los procesos de negociación e implementación del acuerdo de paz:

Lo que pasa es que el asunto del sí y del no se polarizó en dos políticos grandes del país, entonces, aquí se hizo lo que dos personas quisieron: Santos quería y Uribe no quería. Este problema político y esta guerra entre ellos nos lleva a nosotros a la confusión; porque el presidente Santos decía que esto era maravilloso y Uribe, que era horrible. Y nos confunden, y nos dicen sí y no, ¿y entonces? (E10, Sonsón)

Por otro lado, se encontró que uno de los motivos para la resistencia frente al acuerdo, incluso entre quienes apoyaron el proceso, es el hecho de que los actores del conflicto puedan tener cargos públicos antes de rendir cuentas a la justicia. En este sentido, expresan haber sentido rabia cuando Timochenko decidió lanzarse a la presidencia, pues la sensación de impotencia y de agresión se acrecentó. Es importante resaltar que estos participantes significaron el voto por el “sí” en el plebiscito como un voto de esperanza por la construcción de paz, pese a que no aprobaran todos los puntos del acuerdo, pero bajo la decisión de dar un “salto de fe” y confiar en la totalidad del proceso:

Era muy obvio: el acuerdo nunca nos dijeron que ellos no iban a participar en política, es que, como yo te digo, yo estaba votando por un acuerdo, que no estaba de acuerdo con todos los puntos pero era lo que me ofrecían, es que a mí no me estaban preguntando con cuáles está de acuerdo y con cuáles no,

era sí o no solamente, yo estaba con muchas cosas en desacuerdo [...] lo que a mí me tomó por sorpresa fue que Timochenko se lanzará a la presidencia. (E15, Cocorná)

Adicionalmente, desde la visión de todos los participantes, la paz solo se podría pensar con la participación de la ciudadanía en general y, necesariamente, todas las partes tendrían que ir resignificando sus experiencias de dolor y sanando sus emociones. Comparten la idea de que el acuerdo falló al no tener en cuenta a todas las personas involucradas dentro del conflicto, pues no solo las Farc fueron los responsables de perpetrar y reproducir la violencia:

Se sabe que se llevó gente del Gobierno y era lógico que tenían que estar, y se llevaron unas representaciones de grupos de desaparecidos, de otras cosas, pero se considera que dejaron actores por fuera o actores no. Hay gente que no se sintió representada por las personas que estuvieron allá (E6 Cocorná). Toda esa promoción de la paz fue poesía difusa porque el pueblo no la quiso entender o algunos sectores políticos no permitieron que esa lógica de la paz se comprendiera a partir del plebiscito. (E16 Sonsón)

En contraste, desde la perspectiva de quienes estuvieron “en desacuerdo” se encontró un matiz, pues su deseo de paz está principalmente enfocado en las dinámicas intrapersonales e interpersonales. Para estos participantes, la paz se construye desde la suma de cambios personales; esto implica integrar valores que mejoren las relaciones humanas en la vida cotidiana tales como la tolerancia, el respeto y la “buena” educación en las familias:

Porque para mí la palabra paz no es simplemente acabar con los grupos alzados en armas, creo que la paz viene mucho más desde uno mismo y si nosotros mismos no cambiamos, el país nunca va a encontrar la paz (E4 Cocorná).

Pues yo digo que la paz, si no estamos en paz consigo mismos, primeramente, la paz conmigo mismo, porque si yo no tengo paz, creo que no puedo entender a nadie, viviría en conflicto con toda la gente. (E7 Sonsón)

También manifestaron indignación, pues consideran que se han silenciado las experiencias dolorosas de las víctimas y no se ha propiciado un espacio verdadero de construcción de paz, donde ellas puedan hablar de las secuelas emocionales y materiales que les ha dejado el conflicto armado. En contraste, desde los acuerdos se ofreció apoyo económico y participación política a los miembros de las Farc, beneficios que consideran injustos. Como consecuencia, se muestran escépticos respecto del acuerdo:

Vea, no estoy de acuerdo con lo que Santos quiere darles: 10 curules libremente, sin votos, sin que nadie los lleve allá. Gente que ha hecho cosas mal hechas; por ejemplo, que Timochenko sea presidente: ¿cuántas personas mandó a matar Timochenko?, ¿cuántos mató él también? Sobre todo, el solo hecho es que no es ladrón el que se roba la mata, sino el que le dice “vaya tráigame esa mata de yuca de allá”, los dos estamos robando, los dos estamos cometiendo un error, los dos estamos cooperando, así es eso. (E14, Cocorná)

A estos participantes “en desacuerdo” el proceso de negociación y el acuerdo les parece una farsa. Desde su postura, la guerra se ha convertido en estilo de vida, no solo para la guerrilla sino también para los ejes del poder; además, conciben la paz como una suma de voluntades que perciben lejanas y no disponibles. Para ellos la voluntad de paz, como un horizonte de reconciliación, es lejana ya que durante la negociación lo que había “era pantallazos de parte y parte”, es decir, que el gobierno de Juan Manuel Santos y las Farc, más allá de querer la paz, tenían intereses personales que para la población civil no son aceptables y, por ende, no confían ni creen en el proceso:

Si el proceso de paz que se está haciendo ahora fuera tan verdaderamente un proceso de paz que piensan acabar con todo, ya todos los grupos armados se hubieran entregado, ¿me entiende? Y eso es un negocio, para mí, personalmente, es un negocio que tiene el presidente y lo va a tener cualquier presidente que se monte. (E1, Cocorná)

Es evidente que sienten desconfianza; por ejemplo, la entrega de armas de la guerrilla a las Naciones Unidas, desde su perspectiva, fue una farsa. Sumado a esto, no encuentran una voluntad real de cambio en los miembros de las Farc:

Si ellos quisieran la paz ellos no hubieran entregado esos dos o esos cinco bunkers de armas, eso, por Dios, son unos juguetes a comparación de lo que esa gente tiene, según lo que uno ha visto en las redes sociales y en la televisión, para mí personalmente son pistolas de agua, a comparación de lo que dicen que tiene la guerrilla. (E1, Cocorná)

Eso fue pura carreta, las armas las tienen en las trincheras, guardadas, sacaron las que no servían para hacerle creer a la gente que no era así. Llenaron un carro, que yo vi cuando lo estaban empacando de chatarras viejas que no servían [...] están malas. (E14 Cocorná)

En ningún momento ellos han dado a conocer verdaderamente, lo que se negoció, nunca lo han hecho, ellos hablan de unas cosas y hacen otras [...] inicialmente decían que no les iban a pagar y les están pagando, dijeron vamos a entregar las armas, pero en este momento todavía están sacando caletas. (E8 Sonsón)

Asimismo, estos participantes afirman que “lo único” que busca la guerrilla es poder y dinero, haciendo énfasis en los altos mandos. Consideran que el problema de la paz radica en que “la guerra es un negocio” (E2, Cocorná; E9, Sonsón), y ven como inadmisibles que una persona que haya cometido delitos de lesa humanidad pueda participar en política:

¿Cuándo ve usted que una persona, que fue tan asesino, nos vaya a gobernar a nosotros? Yo no lo veo así, como tan bueno, la verdad es que tan bueno no dan en ninguna parte. (E11, Cocorná).

Por ejemplo, la guerrilla ¿qué está buscando? Formar un grupo político, yo digo que esta gente, ahora nos va a obligar a que votemos por ellos. Hay gente

muy interesada, que por un peso dan un voto, entonces ahí se va a dar eso.
(E5, Sonsón)

En concordancia con lo anterior, estos participantes manifestaron dificultad para creer en los cambios que se puedan generar a partir de la firma de los acuerdos de paz, especialmente por parte de las Farc. Para ellos, los guerrilleros son personas que han estado toda su vida en medio del conflicto, por lo que los asocian con una maldad inherente, que no cambiaría por firmar un acuerdo:

Unas personas que llevan, pues, que ya están viejas de estar en el monte y de estar por allá, y que vayan a decir ahora que sí, que, o tal vez ya por la vejez se quieran desmovilizar, y se quieran, si como se dice, que hay personas que llegan una edad muy vieja, haciendo muchas cosas malas, y ya de ahí se arrepienten cierto, puede llegar a ser así, pero uno cree muy poquitico.
(E2 Sonsón)

El que es malo, malo es... Puede que unos se recuperen, se regeneren, porque errores cometemos todos, pero el que es malo y el que es sangriento, así muere.
(E9 Sonsón)

Consecuentemente, al analizar los testimonios de quienes están “en desacuerdo”, puede verse claramente que optan por un modelo de justicia retributiva como una forma de “dar lo merecido” por parte de la sociedad a los excombatientes. La cárcel representa la mejor medida para ellos, porque “no es justo que estén libres” ni tampoco que se sometan a una jurisdicción especial como la JEP, la cual consideran como un tribunal a la medida de las Farc, que generará impunidad e implica gastos innecesarios y desmesurados. En este sentido, emerge la creencia que durante los procesos de la JEP serán “juzgados” de manera injusta aquellos que no estuvieron de acuerdo políticamente con el proceso y que no se castigará a quienes han cometido crímenes de la manera en que lo merecen:

De todas formas, uno debe tener un castigo por algo, porque no es justo que después de haber hecho tanto daño y ahora el gobierno los absuelva de todas esas cosas, entonces no, hombre, deberían de pagar cárcel. (E6 Sonsón)

Para mí, parte de tanto daño que han hecho, cárcel, porque son personas que no tienen corazón. (E13 Sonsón)

Incluso, para algunos, ni siquiera la cárcel sería un castigo adecuado, y expresan que hacerlos entregar su propia vida sería el único medio con el que podrían pagar el daño cometido a la comunidad y al país. Es importante cómo, a partir de estos testimonios, se evidencian formas que legitiman figuras como la del paramilitarismo, puesto que el objetivo de eliminar ese mal pasa por la destrucción del otro construido como enemigo (Villa Gómez, 2019). Entonces, bajo el binarismo de “buenos y malos”, se aceptan como correctas las acciones violentas que pueden tener el mismo talante que las de ese enemigo, pero como están dirigidas a su eliminación, no importa que afecten la integridad, la vida y seguridad de otros. Es el camino de legitimación de la violencia y la guerra:

Uno cuando tiene rabia dice: ¡Ay no! Yo los fumigaría a todos como mosquitos, de verdad que a mí me han salido esas expresiones tan poco evangélicas, y las he dicho. Tanto horror no se puede aguantar más, que rico desaparecer toda esta gente, es lo más cómodo. (E4 Sonsón)

Es que aquí en Colombia en vez de castigarlos los premian, y a ellos no los meten a cualquier cárcel, ellos tienen sus comodidades y todo eso. Si existiera la pena de muerte, yo digo que la gente sería más frenada o buena, pero aquí como todo es tan condescendiente y aquí todo lo premian, entonces nadie se preocupa por nada. (E9 Sonsón)

Para terminar, estos participantes “en desacuerdo”, a pesar de su posición, concluyen que quieren la paz, pero la ven lejana, como un “laberinto sin salida” (E5, Cocorná). Esto como consecuencia de las problemáticas estructurales que han quebrantado el bienestar en el país y han generado brechas de desigualdad. Así, el proceso de paz y

la implementación, en este caso, no son vistos como una oportunidad de disminuir la violencia con uno de los actores más importantes de la historia de Colombia, sino que son percibidos como un proceso limitado, insuficiente y, además, ilusorio:

Pero si estamos hablando de paz, para mí que tiene que ser desde la equidad, más fácil lograrla, entonces tiene que partir también del gobierno, pero cuando el interés real no es ese, entonces yo no hablaría de paz [...]. (E16, Cocorná)

Por ello, algunos participantes “en desacuerdo” y también, algunos “ambivalentes”, ante la impotencia que produce no sentirse actores protagónicos en el proceso de paz, enfatizan en la paz como una construcción que concierne al ámbito privado, como el del hogar, donde se considera que inicia la paz. En este sentido, para ellos es prioritario fortalecer las dinámicas familiares, puesto que las formas de comunicación, de enseñanza y de relacionarse con los miembros de la familia influye en la forma como se tejen las relaciones interpersonales en diferentes contextos. También manifiestan que la construcción de paz se debe a valores religiosos y al apoyo que se da en medio de las comunidades:

Pienso que la paz inicia desde las mismas familias, o sea, que la paz no es solo que no haya guerras en Colombia, no, cualquier pelea aquí en la casa está interrumpiendo la paz que se pueda formar. Entonces yo diría que desde las mismas familias que haya una formación de paz, o sea de buscar el bienestar del otro, buscar las formas de ganarse la vida honestamente. (E11, Sonsón)

Todo esto puede relacionarse con la reflexión de Bar-Tal (1998; 2010; 2013; 2017) respecto al deseo de paz como barrera para su misma construcción. Como puede observarse, todos los participantes anhelan la paz y tienen una idea de ella en términos de justicia social, sana convivencia, bienestar, tranquilidad interior y armonía personal, familiar y social. En este sentido, están cercanos a un concepto de paz positiva (Galtung, 2003). Sin embargo, esta concepción puede ser contraproducente en relación con el proceso de detener la violencia armada de una guerra cuando se ha construido la representación de un enemigo. Como se ha visto en este análisis, también parece que ese deseo de paz, de armonía y bienestar pasa por la no existencia

de contradicción y su eliminación, lo cual niega la posibilidad de dialogar y construir un acuerdo con la contraparte, de la cual se espera que engañe y que utilice la negociación como estratagema para imponer sus criterios. Por tanto, pareciera que lo mejor es capturarlos y encerrarlos en la cárcel, según los relatos de los participantes en desacuerdo y algunos “ambivalentes”, o según otros relatos, eliminarlos. He allí un obstáculo para la construcción de la paz y la reconciliación.

DISCUSIÓN

Desde el análisis de los hallazgos pudo comprenderse la forma como en estos municipios del Oriente antioqueño, afectados profundamente por el conflicto armado colombiano, se construyen barreras psicosociales para la construcción de paz y la reconciliación. Sin embargo, en los discursos de los participantes “de acuerdo” también se vislumbran algunas posibilidades para la generación de acciones de respaldo de la sociedad civil a los procesos de negociación política del conflicto armado.

Ahora bien, es importante reiterar el hecho de que las creencias construidas alrededor del conflicto, los actores y temas como la paz y la reconciliación han ido desarrollándose a partir de las vivencias directas de estos participantes, a diferencia de los participantes de la macroinvestigación en la ciudad de Medellín o Bogotá. Algunos de ellos expresan una oposición al proceso de negociación desde discursos contruidos a partir de los medios de comunicación y con muy pocas experiencias directas, e incorporan mensajes que hicieron parte de las campañas políticas de oposición durante el plebiscito (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez y Arroyave Pizarro, 2018; Villa Gómez, Rodríguez, Gaitán, González, Haber y Roa, 2019; Villa Gómez, Rúa, Serna, Barrera Machado y Estrada, 2019).

Como se ha señalado antes, en los conflictos de larga duración y los conflictos intratables emerge una serie de creencias que por su magnitud logran instaurarse en la vida sociopolítica de las personas. Esto genera resistencias al cambio y legitimación de acciones violentas que contribuyen a la cultura de conflicto (Bar-Tal, 1998;

2010; 2013; 2017; Bilali, 2012; Blanco, 2007; Fernández, 2006, entre otros). De acuerdo con lo expresado en las entrevistas, se han construido narrativas, emociones y creencias subjetivas y colectivas que han impedido la mutabilidad del conflicto colombiano.

En las entrevistas se evidencia la configuración de relatos victimistas y polarizados bajo binarismos para calificar a los actores involucrados como “buenos o malos”. Esto facilita la justificación de acciones y objetivos de aquellos que se perciben como héroes o patriotas y, por ende, la deslegitimación del contrario. En este sentido, según Bar-Tal (1998; 2010), se ahonda la persistencia en la situación de conflicto a través de ciertas creencias construidas y alentadas por los miembros de la sociedad que suelen estar convencidos sobre la legitimidad de sus propios objetivos, argumento con el cual también el “oponente” ataca en función de defender sus convicciones.

En resumen, se crea un círculo de violencia que, inmerso en una cultura de guerra, incita a la reproducción de resistencias ante las negociaciones con el adversario, y posiciona como única salida la eliminación del otro concebido como enemigo. Se trata de formas de construcción de enemistad que pasan del escenario de la guerra a las relaciones en la vida cotidiana, “al punto que en Colombia la construcción del enemigo absoluto pareciera ser uno de los pocos referentes de identidad que tenemos (Blair, 1999 citada por Angarita Cañas, *et al.*, 2015, p. 29).

Para el caso de esta investigación, es importante abordar la forma en que los participantes perciben el papel de los actores armados en sus municipios. Por ejemplo, en los que están “en desacuerdo”, se evidencia la construcción de una deslegitimación absoluta del adversario, identificado en las Farc, lo que ha implicado el uso de etiquetas con calificativos de maldad e inhumanidad: terroristas, asesinos, animales, brutos y delincuentes. Estas etiquetas están ligadas culturalmente y su uso depende de la ideología cultural de la sociedad (Bar-Tal, 1998). En este sentido, se señala que los entrevistados asocian a la guerrilla con ideas revolucionarias de carácter comunista y cuya ambición era obtener poder y dinero.

Sin negar que algunas de estas afirmaciones pueden ser soportadas con hechos reales y que, además, una de las finalidades de la guerrilla es la consecución de poder político, llama la atención que, más allá de los crímenes cometidos en el marco de la guerra, las personas asocian al comunismo de forma directa con lo malo, lo demoníaco y lo que “no puede ser” en ninguna circunstancia. De allí que cualquier fuente que pueda llevar a este “estado de cosas maligno” (el comunismo) pueda ser legítimamente atacada o eliminada. Como consecuencia, hay una percepción favorable hacia acciones, grupos o proyectos que asuman como tarea el defender a la sociedad de este “demonio instituido”. Tal es la percepción que estos grupos pueden ser considerados como héroes o como un mal menor al que se le pueden incluso soslayar sus abusos y violencia, tal como se pudo ver en relación con el paramilitarismo y políticas que estaban encaminadas a combatir las guerrillas (Villa Gómez, 2019).

Lo anterior es valioso desde esta perspectiva para comprender cómo los procesos de “reconciliación” se dificultan en la medida que suele haber algunos que legitiman el daño al oponente, al victimario o al exogrupo. En situaciones de conflicto armado las personas buscan seguridad identificándose con algo cercano a su experiencia y control (Hutchison y Bleiker, 2013). Por tanto, es esperable que las personas se dividan, se polaricen y terminen compartiendo posturas que alejan la posibilidad de procesos de reconciliación.

Ahora bien, se ha dicho que el exogrupo (Farc) ha sido personificado con características deshumanizantes y, al mismo tiempo, se le ha responsabilizado en varios escenarios de toda violencia y de los daños causados hacia la sociedad colombiana (Bar-Tal, 1998; 2010; Oren y Bar-Tal, 2006), y se omiten selectivamente los actos perpetrados en manos de paramilitares o de las Fuerzas Militares. En los y las participantes en esta investigación, especialmente, quienes están “en desacuerdo” del municipio de Cocorná, las acciones “macabras” de este actor armado justificaron la respuesta violenta y contundente del paramilitarismo en asocio con la Fuerza Pública. Como se ha dicho, las Farc, con sus hechos, generaron la percepción de atacar a toda la población de forma indiscriminada. Sumado a esto, al atacar, además, símbolos colectivos o los cascos urbanos municipales se fue construyendo, más allá de los medios de comunicación, la imagen de un actor que “nos pone en riesgo a todos”.

Mientras el paramilitarismo parecía actuar de forma selectiva, sus acciones fueron justificadas y legitimadas en las representaciones colectivas de estos participantes en la medida en que se aceptó que, si se era víctima de este grupo, era porque “algo se debía”. Esta deshumanización de las relaciones con el enemigo evidencia el trauma psicosocial que se ha instaurado en la vida cotidiana. Esto es consecuencia de una guerra que deja huellas en los sujetos, los cuales asocian su experiencia “condicionada por su extracción social, por su grado de participación en el conflicto, así como por otras características de su personalidad y experiencia” (Martín-Baró, 1988, p. 135).

Este fenómeno, con el soporte y apoyo de los medios de comunicación, implicó en estos participantes “en desacuerdo” la construcción de la “imagen del enemigo”, entendida como el estereotipo que encarna todas las funciones negativas (Blanco y De la Corte, 2003), lo cual ha permitido justificar algunas acciones violentas para destruirlo. De allí su clara oposición al proceso de negociación que se realizó con este grupo armado que personifica la maldad: Farc. Aun así, estos participantes reconocieron que paramilitares y fuerza pública fueron actores activos del conflicto armado y también afectaron gravemente a la población civil, solo que matizan un poco el paramilitarismo, en tanto fue una respuesta al abuso de las Farc.

En contraposición, los participantes con una postura “de acuerdo” coincidieron en que, aunque hubiera fundamentos en los hechos y las acciones cometidas por las Farc para validar su posición de odio frente a este “enemigo”, no dejan de reconocer que todos los actores cometieron atrocidades injustificables. Ni siquiera por haber atacado, derrotado y controlado al “enemigo”. Tanto Farc como paramilitares y Ejército violaron el Derecho Internacional Humanitario y atacaron a la población civil.

Si bien todos los participantes de todas las posiciones lo reconocen y no se muestran explícitamente con afectos hacia ninguno de los grupos, quienes estaban “de acuerdo” en ningún momento legitiman el paramilitarismo ni los excesos de la Fuerza Pública, ni mucho menos las alianzas entre ambos. Paradójicamente, al reconocer los crímenes de todos los actores, incluidas las Farc, también logran humanizarlos. Lo que permite el acercamiento tanto a su historia colectiva, como a las historias

personales de vecinos, conocidos e incluso familiares que participaron en este grupo, o en cualquiera de los otros, reconociendo sus luchas, y legitimando algunos de sus objetivos.

Por esta razón, al humanizar a todos los actores armados dentro de sus discursos, los habitantes de estos municipios muestran que, al parecer, las posiciones, los juicios éticos, morales y políticos construidos frente a estos están marcados por niveles que tienen que ver más con sus convicciones, sus cosmovisiones, su forma particular de entender las relaciones humanas, su matriz moral y cultural, que con argumentos objetivos sobre el tema en particular (Haidt, 2019).

En relación con las orientaciones emocionales, se puede evidenciar como las personas, independientemente de su posición frente al proceso de paz, son capaces de experimentar emociones tales como ira y miedo a raíz de las exposiciones victimizantes que tuvieron relevancia para su grupo. Son estas emociones las que han contribuido a la construcción de un nivel de identificación con un *ethos* del conflicto (Bar-Tal, 2013). Sin embargo, al analizar las diversas tendencias emocionales colectivas de los participantes, se logra encontrar una lógica diferente con respecto al sentir respecto de cada uno de los tres actores analizados. Puede hablarse de un sentir que moviliza orientaciones emocionales divergentes y con una intensidad diferente según la posición de los participantes, incluso ante actos similares ejecutados por cada grupo.

Cabe resaltar que dentro de los discursos de los participantes “en desacuerdo”, frente al accionar de los paramilitares se encuentra una emoción positiva de seguridad. Esta no emerge en relación con las Farc o con las Fuerzas Militares, y es sostenida pese a que reconocen las graves acciones perpetradas por este grupo en particular, puesto que esta sensación estaba fundamentada en el hecho de que los paramilitares ayudaron a eliminar un mal mayor.

Así, aunque expresan miedo y rechazo a algunas de sus acciones, las consideran un mal menor, justificable, gracias a que en la región se logró alcanzar el resultado esperado: la salida de las Farc del territorio. En este sentido, su discurso termina siendo casi benevolente y comprensivo, y terminan legitimando a este grupo. Por

el contrario, hacia las Farc movilizan rabia y odio, en consonancia con una fuerte disposición afectiva colectiva para deslegitimar cualquier acción hecha por este grupo y aceptar cualquier acto violento que se desarrolle contra este o contra cualquier posición política e ideológica que les sea similar. Así, las intenciones de este grupo para construir paz no son aceptables ni convincentes.

De otro lado, en los participantes “de acuerdo”, más que odio, priman el miedo y temor ante las Farc, lo que también moviliza un nivel de desconfianza hacia el proceso de paz, aun cuando lo han apoyado. Este miedo se extiende hacia el conflicto en general y al nivel de sufrimiento vivido durante tantos años de violencia, con lo cual, otro móvil en estos participantes parece ser también el dolor. Pero la diferencia con los participantes “en desacuerdo” estriba, precisamente, en la sobreposición de la búsqueda por superar las consecuencias de la guerra a algunos de sus pensamientos y sentimientos sobre las Farc. En ellos prima la posibilidad de concertar un proceso de construcción de paz y reconciliación con el grupo insurgente en el territorio, por lo que tienen una fuerte expectativa en relación con el cumplimiento que las partes deberían realizar para su implementación.

En cuanto al ejército, parece significativo que los participantes en general no le atribuyeron cualidades como la protección. Lo que sí se pudo encontrar en los resultados de esta investigación en las ciudades de Medellín y Bogotá, tal como se ha referenciado (Villa Gómez, 2019; Villa Gómez y Arroyave Pizarro, 2018; Villa Gómez, Rúa *et al.*, 2019; Villa Gómez, Rodríguez Díaz, *et al.*, 2019). Por el contrario, emergieron emociones negativas al no percibirlos como garantes de seguridad debido a sus constantes abusos de poder. Sin importar la posición frente al proceso de paz, la presencia de rabia e indignación frente a la Fuerza Pública es un común denominador, así como la sensación de desconfianza, lo cual refuerza la imagen negativa que se ha construido de este actor armado, percepciones que para algunos hoy siguen vigentes. En estos dos municipios el Estado y las Fuerzas Armadas fueron un actor más que los afectó, por lo que se les mira con recelo.

Hay entonces un escenario en el que se presenta una imposibilidad de conversación y mediación emergentes entre diversos sectores de una ciudadanía con posturas diversas

frente a temas de realidad política y social. Sumando a esto, aparece la exacerbación de la polarización. Esta ha sido un fenómeno evidenciado entre quienes han promovido posturas favorables hacia el acuerdo de paz y la implementación efectiva del acuerdo, en contra de las personas que manifiestan tener posturas de oposición. Las posturas polares, en especial cuando de construcción de paz se trata, tienden a ocupar lugares ideológicos extremos que terminan generando fracturas sociales más grandes que impiden un diálogo ciudadano en el que la diferencia, con miras a la construcción colectiva de transformación estructural, cada vez parece más lejana.

Por ejemplo, se puede observar cómo la paz en Cocorná está concebida como un fenómeno externo y unidireccional (para aquellos que se mostraron “de acuerdo”). Es decir, la creencia de la paz sigue estando ligada al Estado como el único ejecutor de ella, y no hay una asimilación de la paz como un trabajo en doble vía. Desde esta perspectiva, efectivamente, el Estado debe garantizar mínimos, empero, es la sociedad y la ciudadanía las que deben hacer un trabajo sinérgico “de abajo hacia arriba”, que les vincule con la superación del conflicto armado y la violencia.

En contraste con esto, desde la perspectiva de quienes estuvieron “en desacuerdo”, tiene sentido que hayan mantenido esta postura frente al acuerdo, pues para ellos la construcción de paz es un proceso interpersonal e intrapersonal. Por tanto, la firma de un acuerdo de paz se concibe como algo externo e innecesario, con pocas probabilidades de incidir en las dinámicas sociales que puedan llegar a transformar la cultura violenta. De esta manera, quienes afecten esta armonía y tranquilidad social, y que sean identificados como el enemigo absoluto, pueden ser eliminados (Angarita Cañas *et al.*, 2015)

En general, se podría decir que la construcción de paz desde los territorios sigue siendo un desafío en sociedades profundamente divididas como la nuestra. Algo importante para resaltar en este punto es que todos los participantes manifestaron querer la “paz” a pesar de que algunos votaron por el “no”. Esto implica un ejercicio reflexivo sobre las formas en que la población entiende la paz, pues si bien “todas” las personas la quieren, es válido preguntarse cuáles son los medios que consideran necesarios para lograr la paz anhelada.

Si bien todos y todas anhelan la paz, aunque es importante lo que cada persona entiende por esta, es necesario aclarar que no todas las definiciones de paz serán precisamente adecuadas en un territorio que pretende detener la violencia política, un conflicto armado o una guerra de baja intensidad como la vivida en Colombia durante más de 50 años. Por ejemplo, en nombre de la paz se han “pacificado” territorios, asesinando miles de personas.

Este análisis hace emerger dos interrogantes para procesos de investigación y acompañamiento psicosocial: ¿cómo transformar aquellas concepciones que están rígidamente instauradas en las subjetividades y que bloquean una mirada alternativa para construir paz en Colombia? ¿Cómo lograr humanizar de nuevo aquellos actores responsables del daño y dolor colectivo, con el fin de comenzar a transformar dinámicas colectivas que posteriormente confluyan en transiciones progresivas, de acuerdo con las necesidades y condiciones estructurales y circunstanciales del territorio?

La reconciliación en una sociedad con estas consecuencias, a raíz de un conflicto armado sostenido durante años, conlleva importantes desafíos; especialmente, hay un reto de seguir trabajando sobre la reconciliación no solamente como un resultado esperado, sino como un proceso. Según Bar-Tal y Bennink (2004), este proceso es en sí mismo el que posibilitaría la construcción de una paz estable y duradera que, desde esta lógica, implica tiempo. Esto implica que los miembros de la sociedad se dispongan a la deconstrucción de ideas acerca del otro, de las imágenes fuertemente instauradas, como la del enemigo absoluto, así como a la resignificación de las creencias y narrativas de memoria que han ayudado al sostenimiento de la lógica guerrillera, por el poder que tienen para movilizar emociones como el miedo y el odio. Asimismo, implica trabajar en la construcción de nuevas formas de tramitar los conflictos que no estén atravesadas por la violencia directa, simbólica o cultural, lo que a su vez conlleva un trabajo sobre las causas estructurales de la violencia en nuestro país.

Por lo tanto, paradójicamente, el situar la construcción de paz predominantemente en procesos intrapersonales o familiares, dejando por fuera una mirada sociopolítica, termina siendo un obstáculo para la consecución de una paz real, imperfecta, pero

posible, en la negociación con un actor armado como las Farc. Si bien la negociación y el acuerdo llevan solo a una “paz negativa” (Galtung, 1998; 2003), el proceso de construcción de una paz positiva y transformadora (Ramos, 2012; 2016), implicaría a toda la sociedad, en cuya base estaría la implementación del acuerdo.

A partir de lo anterior, surge la reflexión y la duda de cómo lograr generar dinámicas de integración de ambas posturas: la posibilidad de construir paz desde lo individual, a la vez con miras ciudadanas que logren visibilizar al Gobierno como garante de derechos y con responsabilidades que son necesarias para que lo que se construye desde abajo logre llegar y establecerse en otras esferas. En conclusión, es importante que ambas posturas lleguen a converger en un mismo espacio, si se quiere generar y promover una atmósfera de perdón y reconciliación política.

REFERENCIAS

- Angarita Cañas, P. E., Gallo, H., Jimenez Zuluaga, B. I., Londoño Berrío, H., Londoño Usma, D., Medina Pérez, G. y Ruiz Gutiérrez, A. M. (2015). *La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010*. Medellín: Sílabo Editores.
- Barreto, I., Borja, H., Serrano, Y. y López, W. (2009). Legitimacy as a process in political violence, mass media and peace culture building. *Universitas Psychologica*, 8(3), 737–748.
- Bar-Tal, D. (1998). Societal beliefs of intractable conflicts. *International Journal of Conflict Management*, 9, 22-50.
- Bar-Tal, D. (2007). Sociopsychological Foundations of Intractable Conflicts. *American Behavioral Scientist*, 50(12), 1430-1453. DOI:10.1177/0002764207302462.
- Bar-Tal, D. (2010). Culture of conflict: involvement, institutionalization, and consequences. *Personality, Human Development, and Culture: International Perspectives on Psychological Science*, (2), 183-198.

- Bar-Tal, D. (2013). *Intractable Conflicts: Socio-Psychological foundations and Dynamics*. Cambridge: University Press.
- Bar-Tal, D. (2017). Intractability. En H. Giles y J. Harwood (eds.), *Encyclopedia of intergroup communication*. New York: Oxford University Press.
- Bar-Tal, D. y Halperin, E. (2014). Barreras sociopsicológicas para la paz e ideas para superarlas. *Revista de Psicología Social*, 29(1), 15-30.
- Bar-Tal, D., y H. Bennink, G. (2004). The Nature of Reconciliation as an Outcome and as a Process. En Y. Bar-Siman-Tov (ed.), *From conflict resolution to reconciliation*, (pp. 11-38). DOI: 10.1093/acprof:oso/9780195166439.003.0002
- Bar-Tal, D.; Halperin, E. y Oren, N. (2010). Socio-Psychological Barriers to Peace Making: The Case of the Israeli Jewish Society. *Social Issues and Policy Review*, 4(1), 63-109.
- Basset, Y. (2018). Claves del rechazo del plebiscito para la paz en Colombia. *Estudios Políticos*, (2), 241-265.
- Bilali, R. (2012). The downsides of national identification for minority groups in intergroup conflicts in assimilationist societies. *British Journal of Social Psychology*, 53(1), 21-38. DOI: <http://doi.org/10.1111/bjso.12012>.
- Blanco, A. (2007). La condición de enemigo. El ocaso de la inocencia. En M. Cancio y L. Pozuelo, *Política criminal en vanguardia* (pp. 259-305). Madrid: Thompson; Civitas.
- Blanco, A. y De la Corte, L. (2003). Psicología social de la violencia: introducción a la perspectiva de Ignacio Martín Baró. En I. Martín-Baró, *Poder, ideología y violencia* (pp. 9-62). Madrid: Trotta.
- Bobowik, M., Páez, D., Liub, J., Licatac, L., Kleinc, O. y Basabe, N. (2014). Victorious justifications and criticism of defeated: Involvement of nations in world wars, social development, cultural values, social representations of war, and willingness to fight.

- International Journal of Intercultural Relations*, 43, 60-73. DOI: <http://doi.org/10.1016/j.ijintrel.2014.08.013>.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH) (2017). Estadísticas del conflicto armado en Colombia. Consultado en www.centrodememoriahistorica.gov.co/micrositios/informe-General/estadisticas.html.
- Centro Nacional de Memoria Histórica (CNMH). (2013). Los orígenes, las dinámicas y el crecimiento del conflicto armado. En *¡Basta ya! Colombia: Memorias de guerra y dignidad*; (pp. 111-193). Bogotá: Centro Nacional de Memoria Histórica.
- Erreguerena, J. (2002). Imaginario social y los atentados del 11 de septiembre. *Razón y palabra*, 25. Consultado en <http://www.razonypalabra.org.mx/antiores/n25/jerre.html>.
- Fernández, J. (2006). *Ser humano en los conflictos*. Madrid: Alianza Editorial.
- Flick, U. (2004). *Introducción a la investigación cualitativa*. Madrid: Ediciones Morata; Fundación Paideia.
- Galtung, J. (1998). *Tras la violencia 3R: Reconstrucción, reconciliación, resolución. Afrontando los efectos invisibles de la guerra y la violencia*. Bilbao: Bakeaz Gogoratzuz.
- Galtung, J. (2003). *Violencia Cultural*. Bizkaia: Gernika Gogoratzuz. Centro de Investigación por la Paz. Fundación Gernika Gogoratzuz.
- Goldenberg, A., Saguy, T. y Halperin, E. (2014). How group-based emotions are shaped by collective emotions: evidence for emotional transfer and emotional burden. *Journal of Personality and Social Psychology*, 107(4), 581-596. DOI: <http://doi.org/10.1037/a0037462>.
- González, J. (2015). La construcción del enemigo en el conflicto armado colombiano 1998-2010. *Kavilando*, 7(1), 101-106.

- Haidt, J. (2019). *La mente de los justos. Por qué la política y la religión dividen a la gente sensata*. Barcelona: Ariel.
- Halperin, E. (2008). Group-Based Hatred in Intractable Conflict in Israel. *Journal of Conflict Resolution*, 52(5), 713-736. doi: <http://doi.org/10.1177/0022002708314665>
- Halperin, E. y Bar-Tal, D. (2011). Socio-psychological barriers to peace making: an empirical examination within the Israeli Jewish Society. *Journal of Peace Research*, 48(5), 637-651. doi: <http://doi.org/10.1177/0022343311412642>.
- Halperin, E. y Pliskin, R. (2015). Emotions and Emotion Regulation in Intractable Conflict: Studying Emotional Processes within a Unique Context. *Advances in Political Psychology*, 36, 119-150.
- Hutchison, E. y Bleiker, R. (2013). Reconciliation. En R. MacGinty (ed.), *Routledge Handbook of Peacebuilding*. Londres: Political Studies Association.
- Martín-Baró, I. (1988). La violencia política y la guerra como las causas del trauma psicosocial en el Salvador. *Revista de Psicología de El Salvador*, 7(28), 123-141.
- Martín-Baró, I. (1989). *Psicología social de la guerra: trauma y terapia*. San Salvador: Editores.
- Martín-Baró, I. (1998). Hacia una psicología de la liberación. En Blanco, A. (ed.), *Psicología de la Liberación*. Madrid: Trotta.
- Martín-Baró, I. (2003). *Poder, ideología y violencia*. Madrid: Trotta.
- Oren, N. y Bar-Tal, D. (2006). Ethos and identity: Expressions and changes in the Israeli Jewish society. *Estudios de Psicología*, 27(3), 293-316.
- Ramos, E. (2012). *El conflicto sociopolítico colombiano y la construcción de paz transformadora y participativa. Una mirada desde el movimiento social*. Bogotá: Paz con Dignidad.

- Ramos, E. (2016). El proceso de construcción de paz colombiano más allá de la negociación: una propuesta desde la paz transformadora y participativa. *El Ágora USB*, 16(2), 513-532.
- Red Nacional de Información (2019, 29 de enero). *Registro Único de Víctimas (RUV)*. Consultado en <http://rni.unidadvictimas.gov.co/RUV>.
- Registraduría Nacional del Estado Civil (2016). Preconteo Plebiscito. Consultado en https://elecciones.registraduria.gov.co/pre_plebis_2016/99PL/DPL01094ZZZZ ZZZZ ZZZL1.htm.
- Restrepo, M. H. (2016, 12 de abril). El 16 % de la población es víctima. Consultado en <https://kavilando.org/index.php/2013-10-13-19-52-10/conflicto-social-y-paz/4451-el-16-de-la-poblacion-es-victima>.
- Rimé, B., Bouchat, P., Klein, O. y Licata, L. (2015). When collective memories of victimhood fade: Generational evolution of intergroup attitudes and political aspirations in Belgium. *European Journal of Social Psychology*, 45(4), 515-532. DOI: <http://doi.org/10.1002/ejsp.2104>.
- Rouhana, N. y Bar-Tal, D. (1998). Psychological Dynamics of Intractable Ethnonational Conflicts. The Israeli-Palestinian Case. *American Psychologist*, 53(7), 761-770.
- Sandoval, C. (1996). *Investigación cualitativa*. Bogotá: Icfes.
- Smith, E. R. y Mackie, D. M. (2015). Dynamics of group-based emotions: Insights from intergroup emotions theory. *Emotion Review*, 7(4), 349-354.
- Tajfel, H. (1982). Social psychology of intergroup relations. *Annual Reviews Psychology*, 33, 1-29.
- Tajfel, H. (1984). *Grupos humanos y categorías sociales: estudio de psicología social*. Barcelona: Editorial Herder.

- Vallés, M. (1997). *Técnicas cualitativas de investigación social: reflexión metodológica y práctica profesional*. Madrid: Síntesis.
- Villa Gómez, J. D. (2019). Representaciones sociales del enemigo como barreras psicosociales para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. En J. Carmona y F. Moreno (ed.), *Reconstrucción de subjetividades e identidades en contextos de guerra y posguerra* (pp. 365-387). Manizales: Editorial Universidad de Manizales; Ascofapsi.
- Villa Gómez, J. D. y Arroyave Pizarro, L. (2018). Creencias sociales y orientaciones emocionales colectivas sobre la paz negociada en ciudadanos de Medellín. *Kavilando*, 10(2): 449-469.
- Villa Gómez, J. D., Rodríguez Díaz, M., Gaitán Lee, L., González Prieto, M.A., Haber Mariño, J. y Roa Sierra, J. (2019). Emociones sociales y políticas en la construcción y la obstrucción de la paz en ciudadanos de estrato social medio-alto de la ciudad de Bogotá. *El Agora USB*, 19(2), 352-371.
- Villa Gómez, J. D., Rúa, S., Serna, N., Barrera Machado, D. y Estrada Atehortúa, C. E. (2019). Orientaciones emocionales colectivas como barreras para la construcción de la paz y la reconciliación en Colombia. *El Ágora*, 19(1), 35-63.
- Wainwright, D. (1997). Can Sociological Research be Qualitative, Critical and Valid. *The Qualitative Report*, 3(2). Consultado en <https://nsuworks.nova.edu/tqr/vol3/iss2/1/>.

